



PONENCIA INAUGURAL



EL FUTURO DE LA INTEGRACIÓN EUROPEA

RAMÓN JAÚREGUI ATONDO

1. Introducción

El pasado mes de marzo celebramos en Roma que hace sesenta años los líderes de seis países (Bélgica, Francia, la Alemania Federal, Italia, Luxemburgo y Holanda) firmaron el Tratado de Roma que estableció la Comunidad Económica Europea, por la que se eliminaron las barreras comerciales, y la Comunidad Europea de la Energía Atómica.

A lo largo de estas seis décadas, las ampliaciones se han ido sucediendo hasta llegar a un total de 28 miembros, así como el número de competencias y de políticas comunes, y la Unión Europea (UE) se ha convertido hoy no solo en el bloque comercial más grande del mundo, con la segunda moneda más utilizada, sino en la más grande y avanzada democracia supranacional que la historia ha conocido y absolutamente superior a cualquier alianza de naciones en cualquier lugar del mundo. Seis décadas en paz y libertad -el periodo de paz más extenso que Europa ha conocido en su historia- desarrollando una economía social y de mercado, con el más avanzado sistema de protección y redistribución y la más formidable Unión política de la diversidad de veintiocho naciones con historias antagónicas, lenguas y culturas diferentes. Hoy Europa es el mayor donante de ayuda

al desarrollo y de ayuda humanitaria en el mundo, está a la vanguardia de la innovación con su programa de investigación multinacional Horizonte 2020, lidera la lucha contra el cambio climático y su diplomacia contribuye a aumentar la seguridad y la sostenibilidad mundiales. Por todo ello esta es, no lo olvidemos, una historia de éxito.

Pero una cosa es reivindicar con orgullo ese éxito y otra desconocer la cantidad de retos y peligros que atravesamos. Efectivamente, el propio Presidente de la Comisión, el luxemburgués social-cristiano Jean-Claude Juncker, en su discurso anual sobre el estado de la Unión Europea ante el Parlamento Europeo en septiembre de 2016, calificó la crisis europea de “crisis existencial” y diagnosticó que nunca antes había visto tanta fragmentación ni tan pocas cosas en común en la Unión Europea (UE). Eran los tiempos del pesimismo europeo y de preocupación máxima ante las elecciones holandesas y francesas de 2017. Efectivamente, desde la gran crisis económica de 2008 los pilares de la Unión se han visto sacudidos por múltiples y variadas circunstancias que han acabado generando serias situaciones críticas, algunas de ellas sistémicas. Así debemos calificar los efectos de la crisis financiera que comenzó a finales de 2007 y que ha vivido momentos

en los que la supervivencia del Euro estuvo seriamente amenazada.

A este telón de fondo se han ido añadiendo en los últimos años (2014-2017) sucesivas situaciones críticas provocadas por acontecimientos internos y externos que han acentuado las impotencias del proyecto común y las contradicciones de intereses nacionales. La crisis de los refugiados, tanto en el control de las fronteras externas de la Unión como en la reforma de nuestras normas de asilo y refugio y en el reparto nacional de inmigrantes. La conflictividad con Rusia en el Este, después de la anexión de Crimea, la desestabilización de Ucrania y las tensiones políticas y económicas derivadas de esta inestable vecindad, pusieron a prueba la capacidad internacional de la Unión para gestionar esta difícil situación de nuestras fronteras con el Este. Por último, el terrorismo que ataca a Europa desde hace ya muchos años (Madrid en 2004) pero que cuya amenaza crece cada año en dimensión y complejidad, poniendo en evidencia la necesidad de una política de seguridad interior coordinada y de una política exterior y defensiva a la altura de estas amenazas.

A mediados de 2016, el Reino Unido decidió abandonar la Unión. Aquel desgraciado referéndum de junio de 2016 fue la gota que desbordó el vaso del pesimismo europeo. Por primera vez un socio del club abrió la puerta para irse, cuando hasta ese momento llamaban todos para entrar y, sobre todo, por primera vez se ofrecía una reflexión sobre las ventajas de estar fuera y sobre los inconvenientes de permanecer en el club. El miedo a la emulación invadió el pesimismo europeísta y la extrema derecha enarboló esta bandera. Las elecciones en Holanda y, sobre todo, en Francia aparecieron así como espectros fantasmales para una nave que trataba de superar las aguas de una tormenta perfecta. En los úl-

timos meses de 2016 el pesimismo europeo llegó a su cumbre, lo que explicaba la frase de Juncker en el debate sobre el Estado de la Unión a la vuelta del verano de aquel año. Nunca antes, en la larga y compleja historia de la Unión, habíamos mirado al vacío con tanta proximidad. Europa estaba mostrando signos de fatiga, una heterogeneidad política y económica demasiado grande, una gestión muy laboriosa y lenta de sus contradicciones nacionales y por primera vez fallaba la lógica histórica de avanzar aprovechando la solución de las crisis.

2. ¿Qué está pasando?

Siempre se ha dicho que Europa ha avanzado superando sus propias crisis. Pero a lo largo de estos últimos años muchos, muchas veces, hemos dudado de tan optimista regla. La verdad es que la concatenación de acontecimientos y la profundidad de la crisis económica han mostrado la incapacidad de la UE para adoptar decisiones conjuntas y rápidas, así como evitar la propagación de peligrosas tendencias antieuropeas por todo el continente europeo que han sido la consecuencia de estas divisiones e incapacidades.

Es el caso de la gestión económica y política de la crisis. Por primera vez se ha cuestionado este paradigma: "la Unión nos hace fuertes y con Europa progresamos" y se ha puesto en duda que Europa sea la solución, acusándola de ser la causante de los problemas. Además, la extrema derecha ha enarbolado el nacionalismo económico como solución y ha concebido el progreso en la salida del euro, en la soberanía nacional y en el proteccionismo antiglobalizador. Trump les ha ayudado con el mismo discurso y el descontento general y profundo de la ciudadanía con la gestión política de los efectos de la crisis han estimulado esa falsa y demagógica solución.

En particular, existe entre los jóvenes una enorme preocupación sobre su futuro al ver frustradas sus expectativas en un horizonte cada vez más incierto. La falta de instrumentos de gobernanza económica de la moneda común, la aplicación de una política de austeridad y un control presupuestario que han estancado el crecimiento y la supremacía del intergubernamentalismo frente al método comunitario, han deteriorado gravemente la legitimación social y política del proyecto europeísta. Todo ello ha provocado una auténtica ruptura del viejo Contrato Social que los europeos nos dimos en la segunda mitad del siglo XX y la precariedad, la desigualdad y la pobreza se han instalado en la UE a pesar de nuestros potentes Estados del Bienestar.

La emergencia humanitaria de los desplazamientos causados por sangrientos conflictos ha puesto de manifiesto también la insolidaridad y la ineficacia de la respuesta europea. Todavía colea en nuestras retinas las imágenes de las columnas de refugiados atravesando los Balcanes con las puertas cerradas de los diferentes países de la Unión. El vergonzoso acuerdo alcanzado con Turquía para que impida el paso de más refugiados a cambio de dinero y el incumplimiento por los Estados miembros del programa comunitario actual de reubicación de refugiados (solo se ha cumplido el 12% del compromiso) han puesto en evidencia que, en el siglo de las migraciones, es clamorosa la ausencia de una política coordinada internacionalmente que salvaguarde los derechos de estas personas.

Paradójicamente, nuestra demografía nos acucia para incrementar nuestra población con inmigrantes. Permítanme citar aquí un párrafo del Informe de los sabios que presidió Felipe Gonzalez sobre los retos y oportunidades de Europa 2030: *“La realidad es que en 2050, de darse una improbable falta de inmigración y con cifras constan-*

tes de participación en el mercado de trabajo, la mano de obra de la UE se reduciría en unos 68 millones de trabajadores. Dado que no todos los inmigrantes pasan a ser personas económicamente activas, para colmar la brecha sería necesario un aumento neto de unos 100 millones de personas”. Sin embargo, y en contraposición a lo anterior, no paran de crecer peligrosas tendencias políticas y sociales contrarias al fenómeno migratorio en Europa. El crecimiento de las opciones de extrema derecha en Francia, Holanda, Alemania, Austria... está directamente relacionado con las reacciones sociales de rechazo, intolerancia y xenofobia a las nuevas minorías. El fracaso de nuestra pedagogía y de nuestras políticas de integración debe ser examinado cuidadosamente.

En materia de seguridad, es evidente que afrontamos nuevos y peligrosos riesgos que han sacado a relucir nuestra vulnerabilidad. Desde los atentados de Madrid de 2004 se han producido más de una treintena de atentados terroristas en Europa y, lamentablemente, el terrorismo yihadista seguirá atacando a los ciudadanos y al modo de vida europeo. Europa debe responder unida, compartiendo información y recursos. Pero no será suficiente con una mínima coordinación, sino que la gravedad de la situación exige la creación de un cuerpo policial europeo y de un servicio europeo de inteligencia para la coordinación y análisis de la información contraterrorista. La coordinación de nuestros servicios de seguridad e inteligencia nos obligará a integrar la seguridad y la defensa europeas y, por supuesto, a operar en el ámbito político internacional con una misma estrategia. Pero, desgraciadamente, este ambicioso proceso choca con las resistencias nacionales a perder soberanías en estas materias.

La tensión mundial y la militarización provocada por los problemas geopolíticos en el Este de Europa con los conflictos con

Rusia, en Turquía, en Oriente Medio y en el Norte de África así como la amenaza anti-europeísta de Trump, exigen de la UE una seria y comprometida revisión de su política exterior y defensiva. Tal y como la Comisión ha subrayado, Europa no puede ser solo un “poder blando” sino que debe ser capaz de responder a las amenazas complejas en materia de seguridad que plantea este vecindario inestable. Para ello, será necesario llevar a cabo la comunitarización de nuestros sistemas policiales y defensivos así como de la I+D+i y la industria militar para dotarse así de capacidades de defensa robustas y creíbles.

El referéndum británico nos ha colocado también frente a un problema inédito: negociar la salida de uno de los países de mayor peso de la Unión y, a su vez, establecer así un nuevo marco de relaciones con sus vecinos. La negociación del Brexit será compleja y difícil porque tiene enormes repercusiones en ámbitos muy difíciles: los derechos de los europeos que viven

en el Reino Unido y los de los británicos que viven en la Unión; la liquidación financiera; y la frontera de Irlanda del Norte. Y porque Europa, además, necesita establecer una “pedagogía del coste de la salida”, para evitar el efecto contagio. En definitiva, nos enfrentamos a una negociación difícilísima. Necesitamos demostrar que fuera se está peor que dentro y, al mismo tiempo, necesitamos un acuerdo de convivencia con un Estado vital para nuestra economía, defensa, etc.

En este cuadro de un presente tan inquietante, no podemos dejar de recordar el alarmante auge de partidos y movimientos que fomentan el antieuropeísmo e incluso la eurofobia en muchos de los países europeos. Afortunadamente, respiramos aliviados en Holanda y en Francia, donde el Partido por la Libertad de Wilders y el Frente Nacional de Le Pen, respectivamente, no lograron ganar las elecciones. Y en Gran Bretaña donde en las pasadas elecciones de junio el Partido de la Independencia del



Reino Unido (UKIP) de Farage desapareció prácticamente del mapa con un 2%. Pero el auge del partido ultraderechista FPÖ en Austria en las elecciones del pasado 15 de octubre ha vuelto a desatar las alarmas.

Lamentablemente, la política doméstica de atribuir a “Bruselas” en numerosas ocasiones el origen de todos los males ha servido de caldo de cultivo, junto con otros factores como la pérdida del Contrato Social al que hacíamos referencia anteriormente, para este clima antieuropeísta y nacionalista que reclama menos Europa y más devolución de competencias, menos globalización y más proteccionismo y más control de fronteras y menos inmigración. Injustamente es la Unión Europea, más que los Estados nación, quien está sufriendo la censura ciudadana y el desafecto, lo que nos obliga a salir cuanto antes de este estado de opinión pública hacia Europa.

Describir nuestros problemas es la condición necesaria para resolverlos. Pero, hoy, esa descripción debe hacerse conociendo el contexto geopolítico y geoeconómico en el que se mueve Europa.

Michel Rocard solía repetir que no es posible transformar el mundo sin conocerlo. El contexto mundial en el que se mueve la UE está marcado por una globalización que ha dejado de ser solo económica, financiera o comercial y ha pasado a ser también productiva, con la incorporación a la producción de bienes y servicios de cientos de millones de trabajadores en decenas de países, debido a la deslocalización productiva en todo el mundo. En poco menos de treinta años, el PIB mundial se ha multiplicado por seis, favoreciendo el desarrollo de regiones con inmensas poblaciones en las que, hasta no hace mucho, simplemente se sobrevivía. Pero al mismo tiempo, las economías occidentales, especialmente Europa, han sufrido con esa competencia de “bajo coste”, destruyendo empleo, de-

valuando sus condiciones laborales y sus modelos de protección social. Esto ha provocado intensos movimientos antiglobalización y fuertes tentaciones nacionalistas.

Por otro lado, somos cada vez más interdependientes y todo lo que ocurre en el mundo nos afecta. La interrelación de los acontecimientos internacionales produce repercusiones en todas nuestras políticas y es que, tal y como nos advirtió Rory Bremner, *“no estamos en el mundo, nadamos en él”*. Y precisamente, Europa navega en un contexto marcado por una vecindad conflictiva (Rusia, Norte de África, Turquía, Oriente Próximo, etc.), como se ha señalado anteriormente, y por la llegada de una nueva administración norteamericana, con Trump a la cabeza, que amenaza el multilateralismo y la cooperación internacional con su premisa de *“America first”*. Por primera vez, Europa se enfrenta a un líder americano contrario a la Unión Europea, que predica un populismo nacionalista incompatible con la enorme responsabilidad internacional de EE.UU en el mundo y que defiende un proteccionismo comercial que generará, seguro, conflictos políticos y comerciales de envergadura, junto a una gravísima marcha atrás en las negociaciones reguladoras del comercio internacional.

Desafortunadamente, la crisis no nos ha ayudado a avanzar en estos grandes retos y el resto del mundo no se para. La idea de una Europa fuerte en el mundo, cohesionada internamente, líder en las grandes causas humanitarias de paz y democracia, nos exigen ser una potencia económica y tecnológica competitiva y no está asegurado que lo seamos.

3. Razones para creer

Aunque resulte paradójico-y la historia de Europa está llena de situaciones contradictorias- la Unión no ha dejado de avan-

zar a lo largo de estos años críticos. Tampoco la opinión pública europea ha dejado de creer en el proyecto europeo. Hay pues, razones para seguir creyendo en este sueño.

El sentimiento europeísta mantiene un apoyo sociológico creciente. Según la encuesta Eurobarómetro, encargada por el Parlamento Europeo y publicada en 2017, la mayoría de los entrevistados cree que en toda una gama de ámbitos políticos, desde la seguridad y la migración hasta la política económica y social, Europa puede y debe hacer más para superar los problemas. Pero en comparación con el año pasado, la proporción de personas que consideran que las acciones de la UE son insuficientes en esferas clave como el terrorismo, la seguridad, la migración, el fraude fiscal y el desempleo está disminuyendo, lo que podría reflejar medidas ya adoptadas a nivel de la UE.

El 64% de los encuestados creen que es bueno que su país pertenezca a la UE. Esto supone un aumento de cuatro puntos porcentuales en comparación con 2016. La proporción de personas que piensan que la pertenencia a la UE no ha beneficiado a sus países se redujo en seis puntos porcentuales, del 31% al 25%. Sin embargo, las opiniones varían de un país a otro: mientras que un 90% de los encuestados de Irlanda creen que la pertenencia a la UE ha beneficiado a su país, sólo el 39% de los italianos comparten esta afirmación. El 70% de los españoles creen que la pertenencia a la UE beneficia al país, quince puntos porcentuales más que el año pasado.

En segundo lugar, la victoria de Macron ha significado un formidable impulso al proyecto europeo. La carga simbólica de europeísmo que dio a su victoria (recuérdese su discurso en la explanada del Louvre la noche electoral con la bandera y el himno de Europa), su empeño en combatir el anacrónico discurso nacionalista y pro-

teccionista de su rival y el discurso en la Sorbona el pasado 26 de septiembre han marcado un giro europeo extraordinario. Junto a Merkel, el eje franco-alemán empuja de nuevo a Europa.

En tercer lugar, bien podría decirse que el riesgo de vuelta atrás que representa el fracaso del Euro parece definitivamente superado. Todos los países del Euro están creciendo y creando empleo en 2017, el drama griego ha desaparecido de las páginas de los periódicos y se han producido avances institucionales muy importantes en su gobernanza, aunque todavía insuficientes.

Este clima esperanzador se reflejó en el debate sobre el estado de la Unión celebrado el pasado mes septiembre de 2017 y en particular en el discurso fuertemente europeísta, casi federalista podría decirse, que ofreció el presidente Juncker sobre un futuro para Europa. Tras la controvertida presentación por la Comisión el pasado mes de marzo de cinco escenarios para el futuro de Europa, Juncker ha propuesto un “sexto escenario” para no volver a poner en peligro el proyecto europeo en la próxima crisis, en el que destacan las siguientes ideas:

- Completar una Unión de la Energía, una Unión de la Seguridad, una Unión de los Mercados de Capitales, una Unión Bancaria y un Mercado Único Digital.
- Impulsar la entrada en el Euro de los países y mejorar la gobernanza de área Euro con un presupuesto Euro.
- Crear la figura de ministro europeo de Economía y finanzas, aunando las funciones que ahora realizan el presidente del Eurogrupo y el Comisario de Asuntos Económicos.

- Fusionar las figuras de presidente de la Comisión y presidente del Consejo Europeo.

- Transformar el actual fondo de rescate de la UE (MEDE) en un auténtico Fondo Monetario Europeo.

- Reforzar la agenda comercial europea (Japón, México, Mercosur, Australia y Nueva Zelanda).

- Crear una nueva Estrategia de Política Industrial para reforzar la innovación, digitalización y descarbonización.

- Reforzar el liderazgo europeo de la lucha contra el cambio climático mediante la reducción de las emisiones de carbono en el sector del transporte.

- Crear una Agencia Europea de Ciberseguridad y una unidad de inteligencia europea que garantice el intercambio de datos entre los servicios de inteligencia y la policía.

- Mejorar los retornos, la solidaridad con África y la apertura de vías legales para la inmigración.

Curiosamente, solo unos días después, Macron en la Sorbona anunció con toda solemnidad su discurso más europeísta dibujando una Europa del siglo XXI marcadamente federal. Entre otras, propuso las siguientes reflexiones:

- La refundación de una Europa soberana, unida y democrática que incluya un



presupuesto para la Eurozona, un ministro europeo de Finanzas y armonización fiscal.

- La creación de una fuerza europea de intervención militar rápida dotada de financiación propia y una mayor cooperación en defensa y seguridad entre los países europeos.

- La formación de una “fiscalía europea antiterrorista” y de una “fuerza europea de protección civil” que se active ante catástrofes naturales como incendios, huracanes o seísmos.

- La creación de una oficina europea de demandas de asilo, de una policía europea de fronteras y de un gran programa de integración de refugiados.

- La puesta en marcha de un impuesto europeo sobre las transacciones financieras cuya recaudación se destinaría de forma íntegra a la inversión en África.

- La creación de una agencia europea para el fomento de la innovación y de un programa educativo parecido al Erasmus pero más ambicioso y con contenido académico.

- La introducción de listas “transeuropeas”, aprovechando los 73 escaños que dejará libres el Reino Unido.

Estos dos discursos han generado un nuevo clima de optimismo europeo. De nuevo, la imaginación europeísta, yo diría, el corazón federal europeo, vuelve a regar la reflexión futurista de la Unión.

4. Cinco pilares de la Europa del futuro

La Europa de finales de 2017 ha iniciado un ciclo decisivo antes de las elecciones europeas de 2019. En mi opinión, y aún a riesgo de resumir exageradamente, creo

que hay cinco grandes áreas en las que nos jugamos el futuro de la Unión de los próximos años y en las que es prioritario seguir avanzando: economía, agenda social, migración, defensa y mercado único.

4.1. En primer lugar, el área económica con el cambio de orientación política, el fortalecimiento de la gobernanza del Euro y la salida de la crisis a través del crecimiento y la creación de empleo.

Es cierto que Europa ha iniciado un cambio de rumbo -no brusco pero de fondo- especialmente en su política económica y como consecuencia de la presión de los socialistas europeos. El cambio empezó con un programa de inversión (Plan Juncker) que debería movilizar más de los 315.000 millones de Euros y continuó con una interpretación flexible del cómputo del déficit en el marco del Pacto de Estabilidad y Crecimiento. Además, se ha unido una política del Banco Central Europeo -claramente dirigida a estimular la actividad económica y combatir el riesgo de deflación-, una depreciación del Euro frente al Dólar y la caída del precio del petróleo, lo que ha ayudado a mejorar la competitividad de las empresas europeas favoreciendo los inicios de una reacción económica en Europa, todavía muy incipiente pero parece que sostenida.

Pero la política económica y monetaria europea necesita más reorientaciones:

- Mayor flexibilidad en la interpretación del Pacto de Estabilidad y Crecimiento, incluyendo una exención completa de las inversiones en el cómputo del déficit público.

- Relanzamiento de la inversión pública y privada a través del Fondo Europeo para las Inversiones Estratégicas y recuperación del plan de estímulo propuesto por

el Comisario Moscovici para que los países con margen presupuestario aumenten su inversión pública.

- Revitalización de la financiación no bancaria, con el impulso a las titulaciones seguras en la Unión.
- Aumento de los préstamos del Banco Europeo de Inversiones, incluyendo una ampliación de capital.
- Creación de la capacidad fiscal de la Eurozona, sostenida -entre otras fuentes- sobre los beneficios del BCE, el impuesto a las transacciones financieras y una fracción del impuesto de sociedades, para la financiación de inversiones anti-cíclicas y de un Seguro Europeo de Desempleo.

En relación al fortalecimiento de la gobernanza del Euro, otro de los grandes ejes de la nueva política económica de la Unión, es necesario poner en práctica las siguientes medidas:

- Culminación de la Unión Bancaria, con la introducción de un Seguro Europeo de Depósitos con mutualización completa.
- Aprobación de la reforma estructural de la banca, incluyendo medidas de separación entre banca comercial y de inversión en determinados casos.
- Introducción de un activo libre de riesgo en la Eurozona, que permita ampliar las inversiones (Eurobonos, bonos de la Unión, Activo Seguro Europeo, etc.).
- Impulsar la transformación del Mecanismo Europeo de Estabilidad (MEDE) en el instrumento de “garantía última” que permita mutualizar fiscalmente el euro ante imprevistos que sean de origen fiscal o financiero (con el objetivo de convertirlo en un Tesoro Europeo o Fondo Monetario

Europeo con capacidad de emitir eurobonos).

- Reforma del mandato del BCE para convertirlo en prestamista de última instancia e incluir el crecimiento y la creación de empleo entre sus objetivos.

Por último, y a raíz del escándalo de los acuerdos entre Estados y empresas para eludir responsabilidades fiscales (Luxemburgo, Irlanda,...), se está abriendo una enorme oportunidad para avanzar en la unión fiscal europea. No solo para combatir la elusión fiscal de Sociedades y Patrimonios y los espacios fiscales opacos y el secreto bancario, sino también para unificar bases y tipos de gravamen, para aumentar la coordinación y la transparencia fiscal entre Estados y para establecer impuestos europeos.

La competencia fiscal entre los Estados miembros de un Mercado único es inadmisibles y sin embargo todavía existe. Por ello, esta batalla por la fiscalidad justa y la competencia leal es fundamental y Europa se la debe tomar en serio y ser vanguardia en la política internacional contra la elusión, el fraude y los paraísos fiscales. Será una larga marcha que deberá contemplar muchas medidas e iniciativas. Entre otras: la armonización de la Base Consolidada Común del Impuesto de Sociedades; los informes públicos país por país; la eliminación de todas las excepciones nacionales al intercambio automático de información de naturaleza tributaria; la creación de una Agencia Tributaria Europea y de una lista de evasores fiscales transfronterizos; la lista europea de paraísos fiscales; la convocatoria de una cumbre en el marco de Naciones Unidas y la protección europea de los informantes.

4.2 En segundo lugar, la Unión necesita un Potente Pilar Social, junto a la Unión Económica y Monetaria. Probablemente es

la ausencia más llamativa, más perentoria y más urgente de la Unión. Gran parte del euroescepticismo viene del descontento social. Es urgente analizar y adoptar un conjunto de medidas de repercusión del empleo, de la calidad del trabajo y de la protección social. Entre ellos destacan:

- Un Marco europeo vinculante de salarios mínimos que se acerque al 60% del salario medio en cada Estado miembro.

- Una Directiva sobre condiciones de trabajo justas que asegure a todos los trabajadores, independientemente del tipo de contrato o relación laboral, un conjunto básico de derechos exigibles en materia de igualdad de trato, seguridad laboral, negociación colectiva, tiempos máximos de trabajo, acceso a la formaciones de trabajo, etc., y ponga fin a la destrucción laboral que se está produciendo en la desregulación creciente del contrato de trabajo.

- Una estrategia renovada de apoyo al empleo de los jóvenes que incluya garantías de formación intermediaria laboral y conexión entre Estados miembros.

- La creación de un Régimen Europeo de Seguro de Desempleo complementario a los regímenes nacionales, especialmente a los parados de larga duración.

- Garantizar la portabilidad de un conjunto de derechos y prestaciones sociales básicas: prestaciones por desempleo, asistencia sanitaria, derechos de pensión... al ejercer la libertad de circulación de trabajadores en la UE para garantizar transiciones profesionales seguras a escala comunitaria.

- Garantizar una protección social adecuada a escala comunitaria. Es necesario modernizar los sistemas de protección social, aumentando la inversión en ellos, con el objetivo de garantizar su buen funcionamiento, suficiencia y sostenibilidad de cara

a los nuevos retos demográficos, económicos y sociales.

4.3 En tercer lugar, es prioritario resolver la crisis migratoria. La emergencia humanitaria de los desplazamientos causados por sangrientos conflictos interpela a toda la UE y sus EEMM acerca de su voluntad de cumplir el derecho internacional y el Tratado de Lisboa, que incluye la Carta de Derechos Fundamentales. La UE no sobrevivirá si no es capaz de articular una respuesta global -«holística»- que esté a la altura de sus valores y de los estándares morales. Para ello será necesario:

- Reforzar los programas de cooperación y los acuerdos bilaterales en los países de origen de las migraciones. Mayor control de las fronteras exteriores y apertura de vías de acceso ordenadas y controladas de los inmigrantes con derechos de asilo y refugio acreditado. Revisión de los instrumentos actuales (Dublín IV, EASO y guardia europea de fronteras) y del actual Código Europeo de Visas: corredores humanitarios y visas humanitarias.

- Creación de programas especializados en la adecuada protección de personas vulnerables (mujeres, menores, menores no acompañados), con su correspondiente ficha presupuestaria.

- Puesta en marcha de una Estrategia Europea por la Multiculturalidad y la gestión de la diversidad (educación, formación, capacitación, lucha contra toda forma de discriminación y contra la exclusión y la marginación que conducen a la segregación y a la radicalización), con especial atención a la plena incorporación de las comunidades islámicas al proyecto europeo y al reconocimiento de la aportación árabe a la cultura europea.

- Una Política de Vecindad con el Mediterráneo que vaya más allá de los inter-

cambios comerciales entre las dos zonas. Debemos profundizar en el entendimiento y el desarrollo intercultural mutuos que rompa con el círculo vicioso de la violencia alimentada por el desconocimiento del otro y el miedo a lo distinto. Fomentar una ciudadanía global crítica, transformadora y comprometida con un desarrollo sostenible para todos y todas que nos permita entablar un diálogo permanente.

4.4 En cuarto lugar, integrar la seguridad y la defensa europeas para hacer una Europa más segura y más fuerte en el mundo. Es evidente que afrontamos nuevos y peligrosos riesgos en materia de seguridad. El terrorismo yihadista y los problemas geopolíticos en el Este, en Turquía y en Oriente Medio y en el Norte de África, exigen de la UE una seria y comprometida revisión de su política exterior y defensiva. Como de todas las crisis, surgen también aquí nuevas oportunidades. En este caso para desarrollar una decidida política de integración de nuestros sistemas policiales y defensivos para proporcionarnos eficiencia y para aumentar nuestra propia seguridad.

dad. La creación de Unidades europeas de inteligencia contra el terrorismo, la coordinación policial, la creación de unidades militares europeas hacia la consolidación de unas fuerzas armadas únicas, pasando por la unificación de la I+D+i y la industria militar, deberán ser puestas en marcha.

4.5 Reforzar la integración de nuestro Mercado Interior para dar respuesta a las necesidades competitivas de nuestra economía:

1. Unión Energética: la UE debe sumar esfuerzo en pro de una economía sostenible, con bajas emisiones de carbono y respetuosa del medio ambiente, que lidere la producción de energías renovables y la lucha contra el calentamiento global.

Para 2020, el PE se marcó los objetivos del 20% de energía a partir de fuentes renovables, eficiencia energética en un 20% y la reducción de las emisiones de gases de efecto invernadero un 20%, como mínimo, respecto a los niveles de 1990. Pero estos objetivos deben ser más ambiciosos (45% para las renovables y 40% para la eficiencia



energética y la reducción de emisiones de efecto invernadero) si queremos alcanzar los objetivos para la lucha contra el cambio climático y la sostenibilidad medioambiental.

2. Agenda Digital: Europa está experimentando una revolución digital con impacto directo tanto en la vida cotidiana de los ciudadanos, como en las esferas política, social, económica y cultural. Esta revolución plantea retos y oportunidades y debe encauzarse para ayudar a reducir las desigualdades, crear más y mejores puestos de trabajo y promover la apertura, la equidad, la transparencia, el crecimiento sostenible y el redimiento de cuentas en nuestra sociedad.

3. Infraestructuras: el objetivo de construir un espacio único europeo de movilidad y transporte que garantice y facilite el ejercicio del derecho al libre movimiento de personas, bienes y servicios, requiere seguir armonizando y modernizando el marco legislativo europeo y garantizar la continuidad de la financiación de las in-

fraestructuras necesarias para equilibrar norte/sur y este/oeste.

4. Tecnología e I+D+i: la UE necesita de una coordinación máxima y de un esfuerzo suplementario en la I+D+i. Para ello debe unificar las políticas en estas materias y debe incrementar su gasto para competir en los espacios económicos que se están abriendo con la revolución tecnológica imparable que vivimos. La I+D+i ha de jugar un papel fundamental como política transversal que promueva el desarrollo sostenible y la competitividad de todos los sectores y que permita una Europa más competitiva en el mundo.

5. Medio Ambiente: Europa debe velar por la salud de su medio ambiente y por un modelo de economía circular que mantenga los materiales y su valor en circulación en el sistema económico durante el mayor tiempo posible, optimizando el ciclo integrado de los residuos con el fin de darles una utilización eficiente. El acuerdo de París o la actual revisión del sistema de comercio de emisiones serán instrumentos



fundamentales para una transición hacia economías con bajas emisiones de carbono, así como para mantener el aumento de la temperatura media mundial muy por debajo de 2 °C con respecto a los niveles preindustriales.

6. Salud: la Europa social no puede entenderse sin el Estado del Bienestar que la caracteriza y donde los sistemas de salud ocupan un papel central y que es especialmente valorado por sus ciudadanos. El derecho a la salud es un derecho universal, recogido en la Carta de los Derechos Fundamentales de la UE y garantizar su sostenibilidad debe ser una de las prioridades de las políticas europeas y hacer frente a los retos de envejecimiento, cronicidad e incorporación de nuevas tecnologías.

7. Política Agraria y Pesquera: la UE debe comenzar a preparar las líneas de la nueva reforma de la Política Agraria Común post 2020 en un contexto presupuestario muy complicado y en un sector primario desprotegido ante las prácticas desleales del comercio. El sector de la pesca tendrá que seguir afrontado importantes retos derivados de la aplicación de la nueva Política Pesquera Común y de los objetivos de sostenibilidad desde el punto de vista medioambiental, económico y social.

8. La Europa de los Derechos y de la Igualdad: lamentablemente, no podemos sino alarmarnos ante los retrocesos democráticos y del Estado de Derecho que se están produciendo en toda Europa. El ultranacionalismo, el populismo, la xenofobia, la explotación del miedo, el odio a los diferentes... están deteriorando ese universo normativo de la ciudadanía democrática y de la libertad tan sustancialmente europeas. Por ello, es esencial y urgente que desde las instituciones europeas se lidere esta lucha en favor de la igualdad y la no discriminación. En particular, es necesario garantizar, promover y mejorar los dere-

chos de las mujeres y la igualdad de género. Necesitamos un compromiso vinculante para poner fin a la brecha salarial y de las pensiones entre mujeres y hombres, y para lograr una mayor participación de las mujeres en la toma de decisiones económicas y políticas. Se debe combatir la violencia de género hasta lograr la completa erradicación de esta lacra social que constituye la violación de derechos humanos más extendida en el mundo. Resulta esencial mejorar la conciliación entre la vida privada y la profesional para lograr que más mujeres se puedan incorporar al mercado laboral. Y ante la actual ofensiva conservadora, hay que proteger de forma enérgica y con urgencia la libertad de elección de las mujeres y el acceso a sus derechos sobre salud sexual y reproductiva.

5. La Europa posible en un futuro todavía incierto

Este contexto favorable está siendo aprovechado por las instituciones europeas para iniciar un intenso debate sobre el futuro de Europa y acelerar la puesta en marcha de medidas para alcanzar una Europa más unida, más fuerte y más democrática, siguiendo la premisa de que “Europa solo avanza cuando es audaz”.

Pero este debate está inexorablemente influenciado por otro gran reto: la negociación del Brexit. Y es que el 30 de marzo de 2019, dos años después de la activación del artículo 50 del Tratado de Lisboa (el mecanismo que da inicio al proceso de retirada voluntaria y unilateral de un país de la UE) seremos una Unión de Veintisiete y debemos prepararnos para ello.

Hasta la fecha las negociaciones han avanzado poco y mal. Pasadas ya cinco rondas de negociaciones (9 de junio, 17 de julio, 28 de agosto, 25 de septiembre y 12 de octubre) no se ha avanzado práctica-

mente nada. Las posiciones británicas hacia un Brexit “duro” parecen cada vez más irrealizables y la confusión política en el Reino Unido es cada vez mayor. Empiezan a oírse voces que reclaman empezar a pensar en una especie de periodo transitorio, con el Reino Unido fuera de las Instituciones de la Unión, pero dentro del mercado interior, como paso previo a la negociación de un acuerdo de Asociación de amplio contenido, regulando un marco integral de relaciones en todos los ámbitos de una buena vecindad.

May sugirió esa opción, un período transitorio de dos años, en su discurso en el Instituto de Florencia pero Barnier, el negociador jefe de la Comisión Europea, insiste en que solo discutirá sobre ello una vez acordados los términos del divorcio.

Todavía es pronto para saber cómo acabará semejante enredo. A finales de 2017 las instituciones europeas evaluarán cual ha sido el balance y los progresos de la negociación de la primera fase, que incluye los tres capítulos principales de este inicio: derechos de ciudadanía a los ciudadanos de Reino Unido y viceversa, factura de salida para Reino Unido y frontera exterior de Europa en Irlanda con el norte Británico de la isla, sin perjudicar el proceso de paz con Irlanda del Norte.

Con todo y pase lo que pase, las negociaciones con el Reino Unido sobre su salida de la UE y el marco de cooperación resultante obligan a definir una nueva UE. Aún a riesgo de simplificar el debate, muy probablemente las negociaciones del Brexit nos plantean optar entre una UE que integre o asocie a muchos países (incluido quizás el Reino Unido) en una especie de “gran mercado único” y máxima flexibilidad interna, y una UE más reducida pero más federal, más integrada, más comunidad política, con una moneda común, el

Euro, y un marco asociativo preferencial con los países vecinos.

La propuesta de Juncker para “empujar” a los Estados de la Unión que todavía no han entrado en el Euro, mediante estímulos económicos y de convergencia para que lo hagan, camina en esa dirección. A la postre, la Europa del futuro solo puede hacer factible y eficiente la integración si integra su moneda y su política económica y monetaria.

Esta es una cuestión capital para definir el futuro de la Unión, que irá acompañada de toda la arquitectura institucional que se reclama para la Unión Monetaria y la Gobernanza Económica de la Unión. Para ello, y cuando las condiciones políticas lo permitan, será necesario reformar los Tratados de modo que podamos culminar la unión económica y monetaria con los pilares financiero y fiscal, y completar la unión política con la plena co-decisión del Parlamento en todas las materias y la extensión de la mayoría cualificada en el seno del Consejo. Pero la nueva reforma no podrá dejar de lado otras cuestiones como la Unión Energética, la agenda digital, la modernización de su política agrícola, los grandes corredores financieros, la política de cohesión y regional, sus programas de I+D, su plan de Inversiones, las cuestiones migratorias, etc.

Pero hace falta impulsar ese proyecto desde abajo, desde la ciudadanía, porque el proyecto europeo ya no se sostiene solo. El resquebrajamiento de la sociedad del bienestar y los crecientes problemas de competitividad y de dumping social, además de la falta de un demos europeo compartido sobre los sentimientos nacionales de los europeos, son el caldo de cultivo del auge de ideologías antieuropeas tanto a la derecha como a la izquierda.

Necesitamos eliminar el vicio de las capitales europeas de culpar a Bruselas de todo lo malo. Y para ello necesitamos forjar un demos europeo, fortalecer la narrativa europeísta, comprometer a los europeos de hoy, del siglo XXI con un relato, con unos objetivos y desafíos que integren a Europa. Necesitamos que nuestros jóvenes estudien historia europea, conozcan sus instituciones y construyan su mundo universitario y laboral sobre la base del territorio común. Necesitamos fortalecer los medios de comunicación europeos, la democracia europea, la defensa, el comercio... El más poderoso argumento de esta narrativa es que solo una Europa fuerte podrá defender nuestros intereses y nuestros valores en una mundialización incuestionable en todas las esferas de la vida: desde el cambio climático a la lucha contra el fraude fiscal y los paraísos fiscales; desde la cooperación al desarrollo a la expansión de los derechos humanos; y desde la dignidad laboral a los confines de la globalización productiva.

El soporte filosófico de esa narrativa exige que Europa se integre en nuestras conciencias no como una realidad irresistible, sino como opción libre. Siguiendo a Daniel Innerarity, la integración de la UE es una opción libre y no la inevitable consecuencia de un proceso que escapa a nuestro control. El relato europeísta de Innerarity se compone, así, de cuatro conceptos: Libertad y Democracia, Política, Ilusión colectiva y Pedagogía.

Es una narrativa que combate la falacia de las naciones libres y del proteccionismo empobrecedor en un mundo cada vez más dinámico y abierto, en el que los viejos conceptos de soberanías, las naciones, la autodeterminación de los Estados han sido superados por las tecnologías. Y el comercio y la producción globalizada por unos mercados financieros mundializados, demasiado poco regulados, controlados y fiscalizados.

Por el contrario, la nueva narrativa europea necesita una mirada progresista a esa globalización inevitable, desde el compromiso por regularla y someterla a las exigencias de la dignidad humana que laten en el corazón de la mayoría. Mi esperanza en Europa es así una esperanza reivindicativa y dinámica porque la única manera de ser y estar en el siglo XXI es hacer una Europa más unida, más fuerte y más democrática. La mejor manera de defender nuestro modelo de bienestar es hacerlo extensible a todo el planeta. La fórmula más eficaz contra el terrorismo es estar unidos. La seguridad de nuestros bancos, de nuestros ahorros y de nuestra moneda es más Unión Bancaria y mejor gobernanza del Euro. El crecimiento económico y el empleo no vienen con la autarquía sino con la apertura comercial y la competencial. La justicia fiscal no será posible sin una Unión Fiscal. Todo empuja hacia esa lógica integradora del viejo sueño europeo.

